

Conferencia II

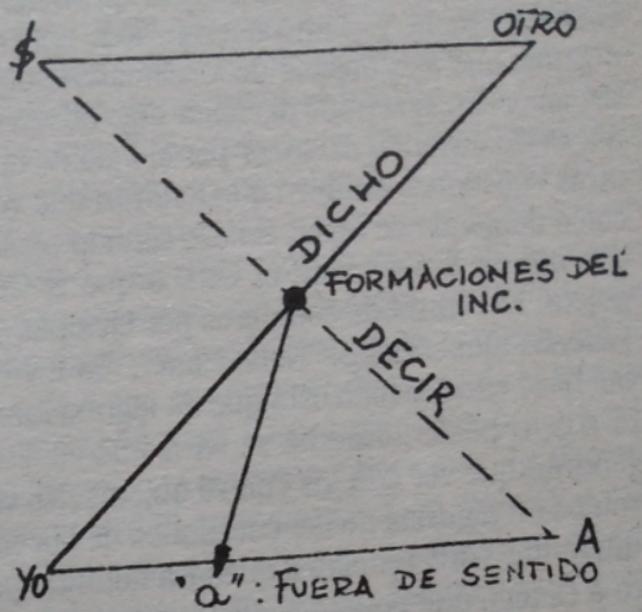
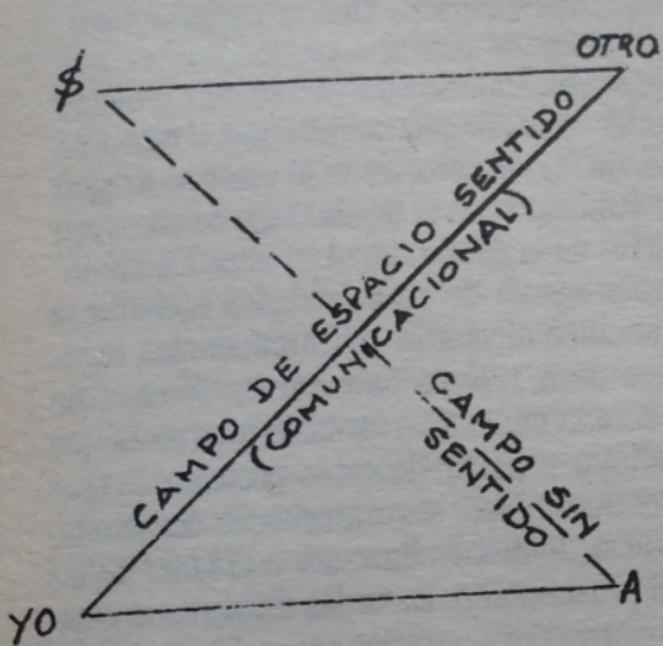
SUJETO, OBJETO Y SABER EN LA NEUROSIS OBSESIVA

Bueno, mi idea para la conferencia de hoy es la siguiente: en primer término comentarles algo acerca de este esquema, que es un esquema muy simple, muy sencillo. Yo lo hago más complicado que Lacan, pero es por cuestiones mías, no por otra cosa. Pero al margen de lo complicado que por allí a algunos les pueda resultar, les aseguro que se trata en general de lo que habíamos hablado alguna vez, de un Tiempo, un Tiempo necesario de tolerar. Entonces nos les pido que toleren mi discurso o me toleren a mí, sino que toleren el tiempo necesario para que cada uno pueda ir ajustando estas ideas y otorgarles el valor que creo le corresponden en nuestra práctica analítica. Porque deciden fundamentalmente nuestra práctica analítica. Esto lo planteo a modo de juego, creo que no sólo el analista debe arriesgarse a delirar como planteaba Freud, sino que debe arriesgarse a jugar. Diría que debe dejarse tomar por sus pensamientos y, dentro de sus posibilidades y su estilo, transcribirlo de la mejor manera que le parezca. A mí me pareció una buena manera como para situar algunas cuestiones a partir de este esquema que Lacán denomina Lambda, que chistosamente suele denominarse el esquema del zorro, el esquema Z y que tiene la virtud, no de simplificar cuestiones que son efectivamente difíciles en psicoa-

nálisis, -lo que ocurre es que hoy por hoy con la divulgación del psicoanálisis se ha creído que hablar del psicoanálisis requiere de una sencillez que el psicoanálisis no tiene. Y creo que fundamentalmente por esta sujeción a la que estamos sometidos todos en relación al inconsciente, nos lleva a creer que, por el hecho de esa sujeción, hay un saber del que nosotros tenemos que efectivamente dar cuenta más allá de la teorización en la que cada uno se compromete respecto de ese singular saber. Entonces, en general los reclamamos suelen tener esa vertiente; ¿cómo es que no entiendo algo que a mí me pasa?, sería la traducción. Pero, bueno, no alcanza sólo con la experiencia del Inconsciente para poder pensar ciertas cuestiones. Esto creo es necesario aclararlo, en general me parece que se asienta en ello cierta pretensión histérica, avalada por el discurso universitario-. De todas formas esto no nos impide, insisto, hacer de un esquema que, les iba a decir, tiene la virtud, no de simplificar sino de abrir y de hecho se abrió luego a otras posibilidades de conceptualización en Lacan, y de otros grafos que continuaron a éste, que es el más sencillo, y que me parece que contiene ya cuestiones, si les damos estas vueltas, cuestiones que son las que se van a espesar en otros grafos que tienen la apariencia de ser más complicados. Entonces tomo éste que me parece es el más sencillo y no por ello el más necio. Y lo voy a tomar además, en referencia a nuestra práctica analítica. Es decir, vamos a tomar como referencia aquello que transcurre en una sesión. Y vamos a tomar como referencia ese transcurrir en una sesión, porque creo que sólo lo que transcurre en una sesión, puede determinar las conceptualizaciones psicoanalíticas. Es decir, puede determinar el concepto de sujeto, el concepto de objeto, el concepto de Otro con mayúscula, el concepto de significante, es decir todos los conceptos que nosotros podamos situar en psicoanálisis, creo, están absolutamente determinados por nuestra práctica analítica. Entonces, se refiere esto a, si ustedes quieren, un momento sincrónico, un momento puntual de la práctica analítica de cualquiera de nosotros, como analizante o como analista. Lacan en este esquema va a plantear fundamentalmente las relaciones del sujeto con el objeto. No lo vamos a tomar, además lo plantea en un tiempo de su teorización donde los objetos son imaginarios, para Lacan, es decir revelan solamente el carácter imaginario. Solamente no está bien dicho, primordialmente el carácter imaginario, ya creo que se anuncia el carácter real del objeto. Pero digamos por el momento que revelan o se asientan fundamentalmente en esa perspectiva. Entonces digamos que se va a tratar de las relaciones del sujeto, representado por el yo, por ese agente gerencial, ese cúmulo de ideología que es el yo, frente a un otro, que digamos ya directamente, en este punto es la causa imaginaria de su sentido. El sujeto por el lado del yo hace sentido del otro. El otro con minúscula. En ese sentido, creo vale, me parece ese aforismo sartreano de que "los otros son el infierno", pero en ese punto, en ese punto de enajenación, que por supuesto resulta de una alienación estructural, porque de esto no se puede escapar, el sujeto está condenado a este infierno, que mucho más adelante Lacan dirá, en relación a Sartre, más que el otro en tanto infierno, dice es el deseo, el deseo en tanto proveniente de un lugar Otro al que el sujeto no tiene acceso. Pero sí tiene la posibilidad de armar desde el campo del sentido, ciertas especulaciones, ciertas ideologizaciones, cierta respuesta, en fin, cierta respuesta para referirse a esto Otro de lo que el sujeto no puede absolutamente dar más cuenta a partir de este

campo, de este campo de sentido, con la intervención que en la práctica analítica, en el dispositivo analítico, implica la irrupción del campo de sinsentido. Esto quiere decir que cuando el sujeto, en un determinado momento plantea, (y aquí sujeto es en sentido general del término sujeto, más vulgar del término sujeto), cuando el analizante digamos, se está planteando allí cuestiones de su existencia, de su padecimiento cotidiano, del sinsentido que tiene para él su vida o lo que en ese momento le está alterando la vida, o simplemente en el racconto de cualquier pormenor de su vida cotidiano o de un sueño, irrumpe un acto fallido, una alteración en su discurso, un contrasentido, una paradoja respecto de lo que ha dicho. Esto que, cualquiera de ustedes sabe, ocurre en ese transcurrir tan particular del hablar en análisis. Donde uno, podemos decir, respecto de aquello que hacía sentido no sale del análisis como entró. Suele ocurrir que aparentemente el sujeto crea que salió de análisis como entró, pero después descubre que hubo algo allí que se corrió, hubo algo allí que se modificó respecto de lo que él consideraba era cierta razón de su existencia. Esto ocurre desde la primera entrevista en análisis, es decir, esa puntuación, a partir de la presencia del analista, que soporta que a partir de su palabra se diga algo de este lugar Otro, va a permitir que el analizante o el demandante de análisis pueda situarse en relación no ya a este otro del sentido, que puede ser el problema con la mamá, con el papá, con la pareja, con el tío, con X, para entonces sí trasladar esta X, esta incógnita, más que del lado del otro ya que sostenida permanentemente del lado del otro sería algo así como su paranoia. Un qué pasa con el otro y esas tribulaciones en general a las que se somete el analizante cuando quiere decir algo de lo que en realidad a él le pasa con relación al otro, y no encuentra más que la posibilidad de interrogar al otro por lo que a él le pasa, es decir interrogar a un otro por lo que él desea. En este caso descubre que esta X más que estar del lado del otro está de su lado en tanto sujeto. Es decir, entonces en tanto sujeto es una X, una incógnita. Entonces tenemos un campo de sentido, que podemos definir como el campo comunicacional, esto que nos lleva a creer que podemos relacionarnos con el otro y en ese sentido Lacan dice, no hay, (por esta interferencia) no hay relación sexual, en el sentido de que no hay una proporción, una posibilidad de proporcionar esto que me ocurre con el otro, en la medida en que esto que me ocurre a mí con el otro, tiene su explicación (para decirlo en términos lógicos) en este campo Otro, campo arcano del significante. Aquí hay una modificación que ustedes van a encontrar en Lacan por lo menos a partir de un determinado período donde el concepto de código, el Otro como código, se transforma en concepto de batería, de tesoro o de arcano. La diferencia es la siguiente: si se tratase de un otro código, un diccionario, el sujeto no encontraría mayor dificultad en averiguar de qué se trata todo esto que se guarda en el Otro a modo de código y luego de un tiempo en su análisis podría llegar a hacer "conciente lo inconsciente", es decir podría llegar a obtener un saber absoluto sobre el código que le permitiese ya no enfrentar estas irrupciones propias de la castración sino hacerle algo así como "pito catalán" a la castración a partir de su conocimiento. Esta es una de las *fatuidades perversas del obsesivo*, esta es una de las fatuidades del discurso del "alma bella" que ustedes pueden encontrar o deben haber encontrado en la lectura de Descartes. Esta es una pretensión también de la institucionalización psicoanalítica, del discurso oficial de una

institución. Oficial de arresto para con el psicoanálisis. Esta modificación -la de arcano, la de tesoro, la de batería- implica que aquí hay algo que no se conoce, arcano, secreto. Batería implica además algo que se trabaja y tesoro un sitio donde el sujeto tendrá que dirigirse para encontrar la significación de su "ser", pongámoslo así entre comillas, su *ser de sujeto*, que depende de la particularidad que en este campo del Otro, le otorgará a su significación en tanto sujeto. No su sentido de sujeto, su ser, su pensar etc., sino que lo va a definir como un elemento de la significación. Digamos, entonces que el sujeto es un elemento del discurso. Este campo de sentido (y no podemos excluir de aquí la intervención de lo que aparece del lado del Otro), va a generar, va a producir algo que denominamos el dicho. Y al dicho hay que tomarlo así como "el dicho", es un dicho y el sujeto se presenta, el analizante digamos, se presenta frente a lo que dice, a veces como quien presenta un dicho. Es algo del orden de lo dicho. La consecuencia es muy simple, el sujeto no se hace responsable de ese dicho; insisto, es un dicho. Lo importante es que a partir de este dicho se sitúa otro orden que tiene que ver con el campo del sin sentido y que tendrá que ver con el decir. Entonces no será lo mismo el dicho que el decir. Y al sujeto sí podríamos situarlo (a este sujeto del que nos vamos a ocupar) más allá del dicho, como "un decir". Entonces el sujeto está más allá del dicho como un decir. Es en este punto de intersección donde se van a producir las formaciones del inconsciente. Estas formaciones del inconsciente que, insisto, en análisis tendrán que ver con esas alteraciones, con el relato de un sueño en un determinado momento del transcurrir del discurso del analizante, con las diferentes variantes que implica la intervención del Otro, la afectación de este sitio Otro en el dicho del analizante. Claro que aquí hay algo que también se produce. Y digo también, porque podríamos autorizarnos a decir que si bien es cierto que el sujeto es aquello que se pulsa también es eso que se produce, en el transcurrir del análisis. Si ustedes quieren mantenemos esa diferenciación que sostiene Miller, que me parece es aceptable, entre el sujeto como pulsación y el objeto como producto. Entonces hay un sujeto efecto de esto y un producto que es el objeto. Este objeto del que Freud dirá (con sus palabras), se construye históricamente. En "Tres ensayos..." va a hacer esa referencia, es decir que se construye a partir de esta combinatoria propia del campo Otro, propio de este sitio del Otro. Lo interesante de señalar en este caso es que esto que es el objeto a, y que se produce a partir de esta intervención del Otro en el campo del sentido queda un resto, algo que no puede asimilarse, algo que no ingresa al terreno de la significación, por lo menos, digamos, no ingresa al sitio de la significación aunque sea causa de la significación, es decir queda por fuera y que Lacan va a situar en un fuera de sentido. Esto es entonces lo que le va a otorgar al objeto "a" su carácter de real. Esa bestia indomable que es lo real, para decirlo con una figura fuerte que creo que ni siquiera alcanza. Este fuera de sentido, noten que no queda aquí ni en el campo del sentido ni en el del sinsentido sino por fuera, va a ser no sólo el resto de esta operación sino que además va a ser su causa, es decir que esto que se resta ingresa en esta producción, en esta relación de producción entre el sentido y el sinsentido, ingresa como causa, como afectación respecto de lo que podría ser la intervención del sinsentido en el campo del sentido.



Lo digo de otra manera. Si el objeto a (fuera de sentido), no ingresase en este campo de intersección propio del sentido y del sinsentido, el psicoanálisis podría resolverse como una hermenéutica. Es decir como una práctica de desciframiento a partir de cierto saber del código que irrumpe como desconocimiento en el campo del sentido, del saber supuesto de ese sujeto, de su conciencia. Esta es la hermenéutica en su definición más clásica, esta es la hermenéutica que ustedes pueden encontrar en Ricoeur, por ejemplo. Esta es la hermenéutica que uno puede leer en ese hacer consciente lo inconsciente. Aspiración analítica, es decir que ha tenido sus representantes en el discurso analítico. Decimos entonces que esto que queda por fuera del sentido va a ser la causa del funcionamiento de esta estructura, es decir que va a ser por un lado producto pero por el otro, Causa. Yo voy a plantear ahora las diferencias de por un lado producto, por otro lado Causa, pero simplemente anotemos que no se trata de un simple resto que no reingresa. De pensar así habría una constancia de producción de resto y un cierre y llegado un momento no existiría más esta producción y por lo tanto no existiría ninguna Causa. La estructura concluiría en su funcionamiento, el sujeto sabría lo que supuestamente se olvidó, (no un saber fundamentalmente olvidado, es decir un saber al que no se tiene acceso), se trataría allí de un saber que con el tiempo podría pasar del lado del sujeto. Del sujeto aquí quiere decir del lado de la conciencia, del lado del yo. Esto se lo impide. El objeto a le hace cortocircuito a esta posibilidad de asimilación, de homogenización entre el sentido y el sinsentido, entre este Campo y el sujeto. Esto es heterogéneo a esta intersección. A este objeto, objeto causa del deseo, causa de la tachadura del sujeto Lacan lo va a denominar objeto a y lo va a diferenciar de la demanda y del deseo. Dirá: son objetos del deseo la voz y la

mirada. Uno se dirige al Otro otro proviene del Otro. Voz y mirada. Uno se dirige al Otro, con mayúscula, y el otro que proviene del Otro. Lo mismo se podría decir de los otros dos objetos, que son objetos de la demanda, objetos del cuidado, objetos del confort, objetos del amor. En el sentido del amor digo allí en el sentido más imaginario del amor, o aislando allí cierta cuestión del amor por el lado de la demanda, es un recorte, en el amor se juegan otras cuestiones también que tendrán que ver por supuesto con el deseo. Digo de amor allí como demanda de amor. En ese sentido serán objetos de la demanda, objetos de los cuidados que se le reclaman al Otro o que el Otro como agente de esos cuidados reclama al sujeto. El control de esfínteres por ejemplo. Que también afectarán por supuesto las regulaciones alimenticias: "Nene comé"; "El nene no me come"; "Nene hacé caca"; "El nene no me hace caca" y todo esto que de alguna manera abre la dimensión fantasmática en la que el sujeto posteriormente se va a incluir. Y se incluirá a partir de estas posiciones. Que tendrán que ver con los cuatro objetos. No voy a entrar en eso, seguramente lo desarrollaremos en algunas de las cuestiones de las estructuras, lo desarrollaremos a lo largo de las diferentes conferencias o quedará flotando para el próximo año. De todas maneras el objeto a es algo que flota, así que... no hay que preocuparse. Otra cuestión y concluyo con esto y voy a pasar a trabajar esto y desarrollar otra cuestión. Esto hace a otra cosa pero me parece que aprovechando el esquema se podría señalar y es el lugar que tiene este sujeto del psicoanálisis y a este lugar que tiene el analista comprometido con la práctica de ese discurso. Y que, diría, no es ajeno ni a la poesía ni a la ciencia. Voy a decir por qué: Este atravesamiento del sinsentido, si fuese sólo de lo que se ocupa el psicoanalista, podría colocarse en el campo de la poesía que, convengamos, no digo que no pueda ser de sentido, pero es fundamentalmente campo de sinsentido. O por lo menos su despreocupación respecto del campo del sentido, lo coloca en el campo del sinsentido. Su despreocupación respecto del sentido lo emparenta con el psicoanálisis y lo emparenta con el psicoanalista, en el punto en que su despreocupación por el sentido, no es temor por la irrupción del sinsentido. Si su preocupación por el sentido fuese temor por la irrupción del sinsentido el analista operaría allí como un contralor del sentido y por supuesto que su posición no podría ser más que la posición del santo pedagogo respecto del discurso del analizante. Pero claro que si el analista se desentendiese de cuestiones propias del sentido, no podría escuchar o no podría tolerar esta práctica del sentido que necesariamente el sujeto tiene que tomar, porque está incluido allí, para poder despejarse a partir de esta irrupción del campo Otro como X en ese sentido, me explico? Como X en ese sentido, es decir, como sujeto de una determinada significancia. En un período de Lacan: significación. Significancia connota ese carácter de apertura al sentido, valga allí sentido como significación, se entiende que allí nos referimos a la significación. Aquello que no está cerrado, a la significancia. Lo utilizo allí no claramente porque a veces aparece en los textos referido como sentido, esto que en realidad, en su forma más estricta debería denominarse significancia. Pero en los textos de Lacan, en los primeros textos de Lacan lo pueden encontrar como significación, lo pueden encontrar también como sentido, pero sentido con lo que implica entonces esta irrupción. Quiero decir entonces que esta preocupación por el sentido, es una preocupación de la ciencia. La ciencia no puede despreocuparse del sentido. De

ninguna manera. Es más, esto que a nosotros nos puede parecer como letras sin sentido, las fórmulas, para el científico son plenitud de sentido. Cuando escribo la ley de gravitación de los cuerpos, no caben dudas de que se trata de la ley de gravitación de los cuerpos. Cuando escribo una determinada fórmula me voy a referir al sentido que tiene esa fórmula y no cabe allí ninguna irrupción del campo Otro, que, a ese sentido le modifique por su intervención, esto que quiso decir y lo convierta en un valor de X, es decir de un valor de significancia. Allí hay algo duro, algo que se decide y por supuesto tendrá que ver con el carácter del discurso de la ciencia, que se decide en la medida en que allí lo real, lo real sexual, no entra. Allí se trata de una relación respecto del saber que, no tiene sujeto. Dos más dos son cuatro. Son cuatro, ¿no? No existe tal posibilidad, pero sí puede existir vacilación en tal caso correrá por cuenta del sujeto que enuncia ese discurso de la ciencia, pero esto no va a afectar al discurso de la ciencia. Afectará a ese sujeto, que por allí está dando una conferencia y tiene que hacer una fórmula, se equivoca y hace otra. La borrará, dirá "disculpen" y seguirá adelante, no se conmoverá el auditorio ni él en relación a esto que se le produjo como un lapsus, un acto fallido, una alteración en su discurso. Si está en análisis, si se interesa por estas cuestiones del campo Otro, bueno, tal vez en un determinado momento del transcurrir de su análisis dirá qué fue lo que le pasó mientras estaba escribiendo la fórmula, dando una conferencia respecto de determinado tema. Entonces sí, allí ese discurso del científico ingresará en análisis, como el discurso de un sujeto que habla acerca de sus relaciones con el Otro y no acerca de sus relaciones con la ciencia, imaginense si lo escuchásemos en su decir acerca de sus relaciones con la ciencia, nos quedaría sólo plantear si está bien, si está mal. No es de incumbencia del analista. Pero esto no quiere decir que el analista no escuche... .. este lugar Otro. Por el hecho de hacer cortocircuito en este lugar Otro, esta proveniencia del campo del sinsentido, del decir, sobre lo dicho, sobre el sentido por el hecho de producirse esta interrupción, esta alteración que tiene su causa en el fuera del sentido propio del objeto a, cualquier discurso se descompleta, cualquier discurso puede adquirir un nuevo valor. Pero esto entonces es propiedad exclusiva del dispositivo analítico. Redondeo y concluyo. Este campo del sinsentido cuyo representante más pertinente me parece encontrarlo en la poesía, este campo de sentido cuyo representante más pertinente para el psicoanálisis, (hay otros que lo representan) es la ciencia, digamos que afecta a partir de este fuera de sentido la intervención del analista. Lo diría de una manera más fuerte, más contundente. Un analista que desprecie la poesía y la ciencia no creo que pueda ser analista. Concluyo con esto, voy a leerles algunas cosas que tenía preparadas, en relación a esto que les comenté y si nos da el tiempo vamos a trabajar también algunos pasajes del discurso de Descartes. Bueno, ustedes saben que por lo menos el planteo que nos convoca hoy, en esta conferencia tiene que ver con estas cuestiones del sujeto, del objeto y, digamos, del saber en la neurosis obsesiva.

El concepto de sujeto que sostenemos en psicoanálisis implica necesariamente la existencia de por lo menos dos significantes. Uno, S_1 , que nombra al sujeto, Otro, S_2 , que lo define en relación a la castración. Falta en el Otro que hace del sujeto efecto de una ocasión. La bipartición significativa, $S_1 - S_2$, es condición fundamental, fundante, de la

existencia del sujeto dividido por la puesta en acto de esa particular relación de oposición y diferencia que caracteriza a la dialectización significativa. Cualquiera que haya arriesgado el pellejo del sentido en el hablar no tan libre que propone la consigna analítica, debe haber descubierto más de una vez, permítanme jugar con esto: los psicoanalistas por lo menos más de tres, la consecuencia atontante cuando no angustiante, en la que su propio decir trastabillando en la zancadilla de algún lapsus, caía. No viene mal dirigirnos a la experiencia analizante de cada cual, ya que se trata de transmitir el efecto de sujeto que se produce y se conceptualiza sólo eficazmente por esa vía. Decir analizante, no implica en este caso, excluir de los trastornos del sentido a la persona del analista. Esta, cuando el análisis marcha, es decir cuando su palabra, su gesto o su silencio en transferencia hacen estallar el orden hipnotizante del sentido, ésta, la persona del analista es también, a través del acto de interpretar, sorprendida. No va en esto, dejemos claro, idea alguna de simetría, indentificación o empatía. La sorpresa a la que por el lado del analista me refería hace al reconocimiento, a veces patético, que éste recibe al vaciar su persona en pos de la atención flotante necesaria al lugar de semblante de objeto a. Permítame un desvío: la sorpresa del analista suele decir de la causa que su función aporta en la neurosis de transferencia, y el valor de diferencia que introduce en la tarea asociativa del analizante. Veremos que, cuando en la neurosis obsesiva, al objeto causa de deseo se lo intenta capturar, la consigna asociativa se convierte en una suma racionalista de ideas de la que no surge absolutamente nada restar. Por qué no decir que ese significativo libre es aquello que el obsesivo más privilegia, en relación a una asociación de la que espera obtener, no la razón del deseo que lo causa, sino la ilusión de la libertad. Sin entrar todavía en ello, digamos que en su supuesta locura, ésta que él tanto teme, se halla presente ese deseo de no sujeción que nutre su fantasma de libertad. Por eso es que si bien la referencia al sujeto como efecto propio de la discontinuidad no puede dejar de situarse, no resulta suficiente en relación a la singularidad que, en tanto semblante, pone en acto el analista. Pensar la práctica analítica sólo cual retruécano, anagrama, jueguito de palabras sin referencias a lo real, es, no caben dudas, uno de los modos obsesivos destinados a dejar sin consecuencias el acto de interpretar. En la lúcida visión que Freud le impone a sus "Tres ensayos para una teoría sexual" puede leerse este valor de singularidad que para Lacán cobra el objeto a. Se podría decir que la tela del fantasma está hecha de significativo, pero el hueco, de objeto a. Es esta falta de objeto que define al 'a' 'quien da', en la estructuración del fantasma, entrada a lo real. Dicho de otra manera: la lógica desplegada en "La interpretación de los sueños" permite leer una teoría sexual. La producción onírica, sin referencias a la posición que el sujeto ocupa en esa textura imaginaria, simbólica y real la solemos encontrar en la lectura ampliatoria de la conciencia que propone el bizarramente llamado psicoanálisis existencial. Allí, el sujeto recupera el fetichista título de individuo, con el que cierta ideología de la unidad pretende anular el valor de pérdida, que lo real, en tanto resto, introduce en la ilusión de continuidad. La filosofía de Sade en su "tocador" plantea grosera y descarnadamente a qué punto puede llegar el saber si se hace de la renegación de la falta en el Otro el argumento principal. Digamos que se trataría allí de una concepción, que en posición de Amo, se transmite como verdadera. Pero no vayamos tan lejos con esta cuestión. El psico-

análisis no tiene garantía de quedar por fuera. Quién dice que se libra, cuando aparece como objetivo final, un saber que debería ser sólo supuesto y sin embargo se esgrime como fundamental. Este es el saber que la organización obsesiva preserva en el llamado análisis didáctico como un trofeo que se obsequia al final. Un "don" que el viejo analista da. Hacer conciente lo inconsciente jamás quiso decir tal liviandad. Sabemos cuán lejos estaba Freud de creer en la disolución definitiva de esa posición ex-sistente del sujeto, llamada: malestar. Malestar que tiene por causa una doble alienación estructural que suele confundirse en la neurosis con el quejoso "estar mal". Decimos entonces que definir al sujeto en tanto causado por la diferencia que lo simbólico introduce en lo real, implica no poder prescindir de esa pequeña letra, Jano de la pulsión de vida y de la pulsión de muerte, llamada a. No olvidemos que lo simbólico no sólo nombra la muerte, además le otorga carácter de real. Valga este desvío, imposible de evitar, cuando Lacán dice que la estructura es lo real que sale a relucir mediante lo simbólico, está afirmando también que sin nombre, la muerte es sólo desaparición animal, pérdida orgánica, imagen que no está. "No soy animal madre!", el grito de nuestra paciente psicótica denunciaba que ni siquiera la forclusión del Nombre del Padre podría dejarla fuera de toda humanidad. No existe hablante alguno que no entre como muerto en el inevitable destino de Palabra. Más aquí o más allá de quien se decida a practicarla. En el hombre, a diferencia del animal, la pérdida de la imagen se inscribe como Yo ideal. El hombre, decimos, a diferencia del pez, por la lengua muere. Es, creo, esta escisión de vida o muerte propia del objeto a, aquello que el obsesivo mediante el ideal de saber quiere anular. Sólo que anulando la irrupción de la Muerte, la Vida se le hace, al igual que la Muerte, una intolerable eternidad. Modo obsesivo de admitir la intrincación pulsional.

El sujeto, el estilo y el valor del "a".

Esta causalidad del sujeto que es el objeto a otorga más allá del Otro con mayúscula ese elemento que llamamos Estilo y no tenemos por qué confundirlo con los supuestos imaginarios que guarda el término personalidad. El Estilo es del sujeto; del hombre, la personalidad. Si bien no voy a detenerme a pensar con ustedes hoy las desviaciones que tiene el confundir Estilo con personalidad, querría que sólo sea a modo de adelanto decir que en cierta forma esta diferencia equivale a la que podemos establecer entre el sujeto y el Yo ideal. Diferencia que no nos exime de pensar el modo en que esa diferencia se da. El Estilo es la expresión real del sujeto. Aquello que el sujeto tiene de más real. Si bien es cierto que el Estilo es la textura en la que el sujeto se manifiesta en discontinuidad, el carácter de texto está sostenido en lo real, más precisamente decimos, que importa en su andamiaje a lo real. Si afirmamos que el Estilo es del sujeto y que éste no puede plantearse sin el valor de causa que tiene el objeto a, estamos indicando también que no hay Estilo sin la irresolución, conflicto absolutamente fundante entre lo simbólico y lo real.

Suspendamos por un momento las relaciones que el sujeto tiene con el Estilo y volvamos a la cuestión de su inherencia. Aprendimos en la enseñanza de Freud que el

sujeto es la aparición fugaz que deja un lapsus, un tropiezo en el discurso, la alteración de cierta suposición, en fin, los equívocos que resultan de la emergencia de lo real en la pretensión comunicativa de la lengua. Se es sujeto de aquello que no se quiso decir y sin querer se dijo. Se es sujeto sin querer, por azar, en la buena hora de la sesión analítica, aunque sólo dure algunos minutos. Dejemos de lado las manifestaciones agresivas en las que dichos equívocos suelen pronunciarse sin tener como destino la intervención del analista. De ello diremos simplemente que el estar fuera de la secuencia analítica pertenecen al orden de lo intuible, no de lo conjeturable. A esta altura de la divulgación psicoanalítica o psicológica deberíamos cuidarnos bien de ciertas presunciones salvajes que reducen la expresión de lo inconsciente al patrimonio de un saber colegial, que, afincado en tribulaciones psicológicas, ablandan hasta convertir en nulo el descubrimiento freudiano. No hablaremos de ello, es ya evidente. Trágicamente evidente el tono de pacotilla que adquieren las especulaciones de los supuestos analistas cuando no es la demanda quien contiene y solicita. No querría restar con esto la merecida importancia que cualquier aplicación del psicoanálisis, sino recordar que la relevación de nuestro sujeto es motivo central en la práctica analítica. Las condiciones de producción del sujeto encuentran en la clínica, y decir aquí bajo transferencia lo hallo redundante, el lecho necesario y suficiente a su aparición sorpresiva y evanescente. El sujeto de la clínica es sujeto del inconsciente. Tanto Freud como Lacán, y esto más que a ellos hace a la ética analítica, consideraron al síntoma como un elemento probatorio de la *spaltung* que afecta al sujeto. Escuchar el dolor en sus diversas manifestaciones no connota necesariamente una razón médica ni una vocación altruista. Atender la solicitud de quien sufre de existir, dice precisamente en el punto donde la vida se le hace indigesta, que ese padecer de vivir es la incógnita que la conciencia no tendrá jamás resuelta. Si el sujeto entonces halla su lugar en el análisis es porque éste le otorga, mediante el beneficio de la transferencia, el sitio propicio a la escansión significativa. Repito: si el sujeto entonces halla su lugar en el análisis es porque éste le otorga, mediante el beneficio de la transferencia, el sitio propicio a la escansión significativa que en los vaivenes propios de un análisis lo puntualiza. El analista, avisa Lacán, también tiene algo que dejar. Se trata de su ser, ya que, diga lo que diga, éste deberá perderse a los fines de semblante que la repetición instituye en el trabajo de la transferencia. Reiteramos entonces que no nos mueve ningún prurito teorístico al referir la inauguración del sujeto a la práctica analítica. Es en consideración a ese dolor probatorio de la castración y a la fundante imposibilidad del goce que el análisis se ofrece como el discurso más eficaz donde operar las relaciones del sujeto con ese real sexual que lo causa tanto como lo califica. Si sólo en el marco de un análisis los fantasmas adquieren el valor de axioma, que por otra parte los caracterizan, es porque el deseo del que escucha en el transcurrir de su análisis, lo situó como analista. Resumiendo: el reconocimiento de la existencia de un lugar Otro, la experiencia y conceptualización del inconsciente por parte del analista, su negativa ética, no formal, ortodoxa, histérica, perversa u obsesiva a responder a la demanda de reconocimiento, de protección, de consideración, de conmiscepción, en fin, de cualquier forma de amor, más la suposición de un sujeto supuesto al saber, de las causas que lo complican por parte del analizante, harán probable, y me limi-

to aquí al campo de la neurosis, la emergencia de un sujeto dividido. Sujeto que no sólo representará la diferencia entre el decir y el dicho, el enunciado y la enunciación, el saber y la verdad, el placer y el goce, dirá y en esto no cabe idealismo platónico alguno, el modo en que a través del fantasma, su deseo se organiza. Voy a pedirle prestado a un autor, poeta, que para mi gusto resumiría de una manera magistral como suele hacerlo la buena poesía, esta cuestión del sujeto. El autor es Roberto Juarroz y el poema que les voy a leer es de "Poesía vertical":

*Parecería que alguien,
escondido entre las bambalinas de la vida,
introduce en nuestro diálogo
frases que no nos pertenecen.
El apócrifo apuntador,
simulando nuestra voz,
las coloca en los espacios insalvables
que dejan entre sí las palabras del hombre.
Todo lenguaje es un malentendido.
Pero esta oscura interferencia va más lejos
y se introduce en nuestra soledad,
en los intersticios del monólogo
que cada cual sostiene
como la última columna de su templo.
Hacia quién
o por lo menos hacia dónde
podemos entonces hablar?
La palabra propia del hombre
todavía no existe.*

Sabe este hombre. Lo interesante es que él no puede decir absolutamente nada cuando uno le dice que sabe de eso. Brevemente querría plantear como para en las futuras conferencias desarrollar, algo que creo caracteriza la relación del sujeto en la neurosis obsesiva con ese significante de índice dos, propio del saber supuesto acerca de lo que allí ocurre y que podríamos denominar para este caso, obsesión de saber.

El saber supuesto acerca del sujeto intentará utilizarse en la confección de un objeto que se acomode a ese saber sin estorbar. Se podría decir que el obsesivo se resguarda de la angustia haciendo del saber una trinchera que lo proteja de lo real. El abigarrado sistema de pensamiento encuentra su falla cuando más allá de las racionalizaciones tozudas en las que el obsesivo se enfrasca, el deseo reclama su lugar, su causa. Es esa intervención molesta del deseo quien altera la coherencia de sentido y su función de guardián de la falta. Sólo en la histerización propia del discurso analítico, el obsesivo, cede el saber que retenía haciendo posible que el semblante de la causa se sostenga en un saber que no recubre la verdad. Diferencia que muestra en la clínica el saber abierto a la asociación libre en oposición al dogmático y cerrado de la racionalización.

Le voy a pedir ahora prestado a otro autor, que me parece que también sintetiza mucho mejor que yo esta cuestión de las realciones del obsesivo con el saber. Se trata de Italo Calvino, el libro es "Las ciudades invisibles". Trata de manera brillante lo que él supone podrían haber sido las conversaciones de Marco Polo con el Kublai Kan. Les recomiendo por otra parte este libro, porque, por lo menos a mí, me resulta permanentemente ejemplar. ¿Está agotado? Bueno, lo podemos hacer circular. Entonces les voy a leer esto. ¿Tienen ganas a esta hora de la mañana que les lea un cuento?

Enviados a inspeccionar las remotas provincias, los mensajeros y recaudadores del Gran Kan regresaban puntualmente al palacio real de Kemeñfú y a los jardines de magnolias a cuya sombra Kublai paseaba escuchando sus largas relaciones, los embajadores eran, persas, armenios, sirios, coptos, turcomanos; es el emperador el extranjero para cada uno de sus súbditos y sólo a través de ojos y orejas extranjeros al imperio podía manifestar su existencia a Kublai. En lenguas incomprensibles para el Kan los mensajeros referían noticias escuchadas en lenguas que les eran incomprensibles: de ese opaco espesor sonoro emergían las cifras percibidas por el fisco imperial, los nombres y los patronímicos de los funcionarios depuestos y decapitados, las dimensiones de los canales de riego de los magros ríos alimentaban en tiempos de sequía. Pero cuando el que hacía el relato era el joven veneciano, una comunicación diferente se establecía entre él y el emperador. Recién llegado y absolutamente ignorante de las lenguas del Levante, Marco Polo no podía expresarse sino con gestos, saltos, gritos de maravilla y de horror, ladridos o cantos de animales, o con objetos que iba extrayendo de su alforja: plumas de avestruz, cervatanas, cuarzos, y disponiendo delante de sí, como piezas de ajedrez. De vuelta de las misiones a que Kublai lo destinaba, al ingenioso extranjero improvisaba pantomimas que el soberano debía interpretar: una ciudad era designada por el salto de un pez que huía del pico del cormorán para caer en una red, otra ciudad por un hombre desnudo que atravesaba el fuego sin quemarse, una tercera por una calavera que apretaba entre los dientes verdes de mohó una perla cándida y redonda. El Gran Kan descifraba los signos pero el nexo entre éstos y los lugares visitados seguía siendo incierto: no sabía nunca si Marco quería representar una aventura que le había sucedido en el viaje, una hazaña del fundador de la ciudad, la profecía de un astrólogo, un acertijo o una charada para indicar un nombre. Pero por manifiesto u oscuro que fuese, todo lo que Marco mostraba tenía el poder de los emblemas, que una vez vistos no se pueden olvidar ni confundir. En la mente del Kan el imperio se reflejaba en un desierto de datos frágiles e intercambiables como granos de arena de los cuales emergían para cada ciudad y provincia las figuras evocadas por los logogrifos del veneciano.

Con el sucederse de las estaciones y de las embajadas, Marco se familiarizaba

zó con la lengua tártara y con muchos idiomas de naciones y dialectos de tribus. Sus relatos eran ahora los más preciosos y minuciosos que el Gran Kan pudiera desear y no había cuestión o curiosidad a la que no respondiesen, y sin embargo toda noticia sobre un lugar remitía la mente del emperador a aquel primer gesto u objeto con el que Marco lo había designado. El nuevo dato recibía un sentido de aquel emblema y al mismo tiempo añadía al emblema un sentido nuevo. Quizá el imperio, pensó Kublai, no es sino un zodiaco de fantasmas de la mente.

-El día que conozca todos los emblemas- preguntó a Marco- conseguiré al fin poseer mi imperio?

Y el veneciano: -Sir, no lo creas: ese día serás tú mismo emblema entre los emblemas."

Bueno, les quedan ganas de trabajar cuestiones de Descartes? ¿No? Bueno, algunos sí otros no; yo voy a, en tal caso lo voy a tomar a lo largo del trabajo que hagamos en relación a la neurosis obsesiva. Simplemente les indico lo siguiente: tomen esto tal vez a modo de advertencia. Cuando Freud en una carta a Maxim Leroy escribe un sueño de Descartes que ustedes pueden encontrar en la vieja edición de los tres tomos, en el tomo tres, dice que es poco lo que él puede referir acerca del sueño de Descartes porque lamentablemente no cuenta allí con la posibilidad asociativa que podría ofrecerle Descartes y que por lo tanto el planteo que él puede hacer va a ser siempre un planteo ineficaz. La advertencia tiene que ver con eso. No se trata de tomarlo a Descartes como si fuese un historial clínico, esta es la misma advertencia que Lacan se toma para con Hamlet, dice no se trata de un historial clínico..... propio del discurso obsesivo en relación a la verdad. Entonces ustedes habrán leído que las primeras partes, sobretudo la tercera parte, allí donde Descartes plantea las reglas, de su moral cartesiana, donde plantea cuál es la relación que él tiene con el Otro, que por otra parte es siempre Otro de la moral, el Otro es siempre de la moral, es este Otro a quien respondemos desde nuestra buena conducta. Creo que allí se juegan supuestos acerca de la obtención del saber del Otro. Este saber que de alguna manera Descartes pretende arrancarle a Dios, en esta relación que se supone de bondad para con Dios, y que por otra parte, Lacan nos aclara, es una relación fundamental en el origen de la ciencia. Suponer un buen Dios, dice él, es el inicio de la ciencia. Imaginemos si suponemos que este Otro es un Otro impredecible, un Otro que nos sale con cualquier cosa, este Otro es en tal caso caprichoso pero inteligente. Este Otro que es el Otro de Einstein también tiene sus chilladuras pero responde a cierta lógica esa chilladura. Más allá entonces de cómo se modalice esta obtención de la verdad respecto del Otro, es necesario fiarse del Otro. Descartes va a plantear allí que la obediencia, la firmeza, la compostura sobretudo, la compostura y la instrucción son algo así como los elementos fundamentales para poder obtener esa relación de verdad con el Otro. Podríamos decir para el caso de la ciencia es efectivamente así. Para el caso de la neurosis obsesiva, es decir cuando esto hace síntoma en la estructura obsesiva, el sujeto no sale de las relaciones con el Otro y no puede plantear más que solapadamente con sus subterfugios

de obediencia justamente, esta sujeción absoluta, este respeto sospechoso que tiene para con el otro. Y es sospechoso, porque este cierto respeto, esta obediencia y esta firmeza para con los ideales, es decir la moral del Otro, en general se le hace añicos cuando se manda alguna cagada. Es el punto en que el obsesivo revela que sus relaciones con el Otro no son relaciones supuestamente de amor, como él las plantea, sino que tienen una cuota de odio que Lacán define muy bien como desuposición de saber. Y este es el punto que ya vamos a desarrollar en el trabajo respecto de la neurosis obsesiva que me parece que es importante de sostener en el análisis de una neurosis obsesiva, esta desuposición de saber respecto del Otro. Si el analista pretende en la neurosis obsesiva ser sólo amado, como el obsesivo ama los ideales del Otro, efectivamente sellará con el obsesivo un idilio de esos que no terminan nunca. Los análisis obsesivos planteados de esa manera, bueno, concluyen en general con esa dignificación de reconocimiento que no sirve por supuesto para nada al analizante. Es decir salir de un análisis reconocido por este Otro, a partir de los ideales o la moral del Otro es efectivamente enajenante para el sujeto. No digo alienante en el sentido estructural, enajenante para con el sujeto. De esta manera, podríamos decir, salían muchos de los analizantes de la Internacional. O salen analizantes que efectivamente están situados en esa relación para con el Otro y para con un Otro que además se sostiene, usufructa de esa relación. Voy a conluir con esto, no querría cansarlos. Vamos a tomarlo más allá de hoy. Pero hay una cuestión interesante, sumamente interesante, a mí por lo menos me resulta interesante, casi graciosa. Los obsesivos tienen esa cosa graciosa en su pretensión, ¿no? Dividamos esto como decíamos anteriormente en relación a lo que podría ser una pretensión de metodologización del conocimiento que daría como resultado la ciencia, y una pretensión obsesiva respecto de los beneficios que puede otorgar ese saber en la neurosis obsesiva. Digo, despejemos esto porque de lo contrario las cosas andarán bastante mal. Digo bastante mal porque aquí lo que Descartes, va plantear, podría tener como resultado una ampliación en el campo de la medicina, en el campo de las ciencias biológicas, para el caso era de la ciencia médica. Eso podríamos decir tiene un valor de efectividad para alcanzar aquello que el conocimiento médico y la tecnología médica hoy por hoy han alcanzado. Pero también encubre un fantasma interesante, que es en general el que el obsesivo suele desarrollar respecto de la medicina y del saber médico. Así como la histérica mantiene relaciones bastante particulares con el saber médico, el obsesivo también tiene estas relaciones de particularidad con el saber médico, con el dolor de su cuerpo, con ese posible desmembramiento que está allí como a punto de asaltarlo, ese cuerpo que se le despedaza que pierde sus límites y sus membranas. Y es allí donde le va adjudicar a la medicina, es allí donde le va adjudicar al otro que la representa, la posibilidad mediante ese saber, (y leámoslo aquí en Descartes) de "liberarse de una infinidad de enfermedades, tanto del cuerpo como del espíritu y aún también quizás de la debilidad de la vejez, si se tuviera suficiente conocimiento de sus causas y de todos los remedios que la naturaleza nos ha proporcionado". Aquí es donde podríamos decir, se sintetiza esta relación del obsesivo con el saber representada esta irrupción del objeto a imaginariamente por la muerte. Y del mismo modo podríamos decir, este saber es el saber que le permite al obsesivo un más allá de la muer-

te en la que él dejaría de ser sujeto. Un más allá de la muerte que no lo incluya, es decir un más allá de la muerte que lo libraría justamente de esa posición estructuralmente alienante que le hace creer que, a través de cierto saber, podría recuperar. Esto de recuperar un lugar que no se tiene, un lugar que sólo tiene representación vía significante en el campo del Otro mediante una construcción teórica podemos llamarlo racionalización y es algo así colmo el leit motiv del obsesivo en su práctica del saber. Creo que eso se puede encontrar en Descartes. Lo otro también, desde ya, insisto. Pero eso me parece que se puede encontrar paso a paso, en Descartes. Ahora sí para conluir, de todas formas, vale la pena recordar que, a diferencia de lo que podría considerarse el saber místico que es la absoluta relación del sujeto con el objeto, la absoluta proporción del sujeto con el objeto, -a esta suma de sujeto y objeto le denominamos saber místico,- Descartes no deja de oponerle esta singularidad del sujeto dividido por el saber de la percepción, estas máquinas que pueden estar por allí, estos hombres, perdón, que pueden estar allí haciéndonos creer que los son y que en realidad son sólo máquinas. Ese saber de la percepción se diferencia de esa verdad que lo causa. Si a partir de esa desuposición de saber a la percepción se abre la posibilidad de alguna causa, es porque a este sujeto, (lo dijimos creo ya la otra vez,) se lo supone en cierta forma dividido, que después se la quiera (a esta falla) anular, eso es propiedad del discurso obsesivo y diría es una propiedad del discurso de la ciencia. Excluir al sujeto quiere decir excluir al sujeto como lo definimos analíticamente, al sujeto barrado, al sujeto tachado. Entonces se va a incluir algo aquí que nos va a permitir pensar en una lógica que es más amplia que ésta de la sumatoria, de la relación absoluta, es decir nos va a permitir incluir una lógica que es propia del fantasma, no la vamos a desarrollar pero simplemente digamos que esto nos va a permitir pensar diferentes relaciones del sujeto para con el objeto. Estas son las diferentes relaciones que a lo largo de nuestro trabajo vamos a tratar de situar en relación al sujeto y al objeto y que se desprende de este elemento llamado losange, (\diamond), este articulador llamado losange que no habla ni más ni menos que de esta imposibilidad de relación absoluta que tiene el sujeto respecto al objeto. De esta relación que, insisto desde el saber místico, se supone homogénea, es decir aquí el sujeto es homogéneo al objeto. Se puede saber del objeto desde el sujeto o viceversa. Es decir, aquí se juegan por otra parte esos términos imaginarios llamados comprensión, empatía, etc. Dejo acá, si alguien quiere preguntar algo, comentar algo.

Daniel Aksamán: Era más un comentario a lo que fue el eje de tu charla de hoy, la cuestión del objeto a. Me pareció que cuando hablaste de reingreso, de ese resto que caía de una relación entre dos significantes o de una articulación entre dos significantes, daba cuenta, digamos, de la razón de existencia del psicoanálisis. Digo, el objeto a reingresado es el punto donde el psicoanálisis tiene algo para situar, su eficacia digamos. O para poder situar la eficacia del psicoanálisis. Ahora, la cuestión del fuera de sentido y del reingreso plantea ciertas problemáticas porque uno podría suponer que el reingreso es nuevamente al campo del sentido, cuando en realidad se trataría de una inclusión del fuera de sentido no en el campo del sentido sino en el campo del discurso. Por eso quería hacer simplemente este comentario, que por ahí, sino caeríamos de nuevo en la hermenéutica de decir, no,

esto reingresa, esto que se perdió reingresa a este lugar que fue excluido en una primer instancia.

José: Tendría que ver con el campo del dicho y esa intersección que se produce a partir del campo del decir, no sé si lo pude transmitir, pero lo que quería dejar claro, es que tanto el campo del dicho como el campo del decir dependen de esta descompletud que produce el objeto a. De esta puesta en marcha de una producción que no cesa de no inscribirse, propia de esta cara real que tiene el objeto a. Es una cara real del objeto a y otra cara simbólica y hay otra cara imaginaria del objeto a. Pensado como vos decís, que tal vez podría creerse, si no se entiende que esa es la función del objeto a, este sería fetiche, en el campo del discurso. Aquí de lo que se trata es de situar al objeto a como causa y como resto de esa operación. No sé si se aclaró más la idea. O la enturbí, todavía. ¿Es clara y distinta? Bueno, me alegro, hoy me sentía Descartes.

Sergio Rodríguez: Un pequeño comentario que me parece ilustrativo y a la vez divertido sobre esta relación de Descartes o del discurso de Descartes con la medicina, esto me pasa por ser un antiguo de extracción médica, digamos, que es que si él perseguía por la vía del saber, en cierto modo la reducción de la falta, digamos así, la medicina por la vía de su saber instrumental en esa época se apoyaba en tres elementos que eran: la sangría, la amputación y los purgantes. O sea que la medicina no podía dejar de tener en cuenta por lo menos inconscientemente, que algo tenía que quedar fuera de sentido.

José: Desde ya, por eso Descartes, o por lo menos al discurso cartesiano no hay que identificarlo con la neurosis obsesiva. Además la neurosis obsesiva, como plantea Freud, no deja de producir efectos en el campo del saber, en el campo de la cultura. Otra cuestión interesante que no citamos es el carácter, digamos entrópico, ese carácter de pérdida, pero de pérdida que ingresa y que para Descartes tiene que ver con el genio maligno. No hablamos del genio maligno. Entonces bueno, situado el genio maligno, podemos decir también que se sitúa el objeto a. Es decir, el genio maligno en Descartes es uno de los nombres del objeto a. Pero sabemos también de qué manera él intenta reducirlo, yo diría que la manera en que Descartes intenta reducir ese carácter entrópico, esa vuelta de lo que se expulsó tiene que ver con las modalidades propias del discurso obsesivo y tiene que ver también con las modalidades propias del discurso de la ciencia. Si quieren les adelanto algo, habrá que trabajarlo, tiene que ver con las modalidades del discurso de la ciencia, tiene que ver con las modalidades del discurso psicótico, tiene que ver con las modalidades del discurso capitalista. Entonces tiene que ver con alguna de las modalidades que Lacan sitúa para con ciertos discursos que están caracterizados, dice él, por excluir nada más y nada menos que cuestiones del amor. Hay un epistolario de Descartes muy interesante, sobre todo una de sus cartas en la serie que escribe a la princesa Elizabeth, donde plantea a partir de preocupaciones que la princesa tenía por una afección supuestamente melancólica, hoy diríamos se trataba de cierta melancolización histérica, y que Descartes colocado en posición de maestro universitario, es decir de aquel que sostiene los emblemas de un saber, le va como transmitiendo ideas, pensamientos que tienen que ver con su posición en relación a la ciencia y fundamentalmente la esperanza de curación a partir de ese saber. Algo así como: espere que cuando podamos saber de estas cues-

tionen usted se va a poder sentir curada. Es decir, el día que usted pueda reconocer en el Año la cuestión de su causa se va a sentir curada. Sabemos que es lo que más perturba a la histérica. No sé cómo habrá concluido esa relación epistolar pero... Bueno, dejamos acá entonces.